

ALTA VELOCIDAD

En la esfera de enormes dimensiones
avanzan las agujas del tiempo
dejando escapar minutos y horas
que me recuerdan que huyen, que no esperan.

Recorren apresuradas la circunferencia
y cuando llega la hora punta
se aleja el tren por los raíles
y los vagones se diluyen en línea recta
fundiéndose en la tarde
para volver a partir.

Confusas son las vistas desde la ventanilla,
se perciben tan deprisa que se convierten en luz del pasado.

¿Quién borraré los kilómetros que mi alma ha recorrido?

Ya son destellos a punto de entrar en el túnel
y como nunca
-como nunca-
la luz está al principio.
No sé si tú estarás al final.

Cesó la oscuridad;
sólo queda el vacío hiriente
desmayado en los asientos de las filas de este vagón
que descansa sobre otros raíles.

Compramos distintos billetes,
pero ambos miramos a través del cristal
y vemos el paisaje dolorido.

Eterna incertidumbre kilométrica

que nos aleja a alta velocidad.

EXCELENCIA

Pisan platos rotos con dolor en su circo de escombros.

Álex Ubago.

Cuando nació aquel martes lluvioso,
acabado el parto,
cortaron el cordón umbilical y sólo quedó placenta en el útero de mi madre.

Y no,
ningún libro de instrucciones
que me guiase hacia la perfección.

Aprendí a gatear,
a decir mis primeras palabras,
a caerme, a levantarme
y a escribirlas.

Conforme crecía me topaba con mis derrotas
y me acostumbré a llegar siempre tarde
a los momentos más felices de la vida.

Llegar tarde es un llegar a medias;
el final es irreversible
y por más que corra nunca avanzo.
Las prisas no son buenas
y ya hasta la piedra siente empatía por mí.
Me ve y se aparta, no quiere me caiga más.

El reloj me regala 24 horas
y, sabiéndome incapaz de aprovecharlas

avanza en círculo ignorando mis pausas.
Otro día más me derrota,
las horas se despiden de mí, avergonzadas.

Mi almohada se hunde y va perdiendo su forma
porque en sueños mi cabeza se retuerce,
no descansa, se tortura buscando la perfección
deambulando por bibliotecas,
perdiéndose en depósitos polvorientos.
Pero al amanecer el nuevo día
llora mi corazón;
ni rastro de prodigios.

De pronto me di cuenta
que llevo toda una vida
buscando un libro inexistente
aunque hay quien cree que lo tiene.

Con sus cabezas bien altas
anhelan ser mirados con asombro;
ya explotará su burbuja de excelencia
y no sabrán qué hacer con tanto escombros.

Escribo para no morir asfixiado
bajo la lona de un circo
que siempre ofrece la misma función,
a los mismos espectadores.